

Samuel L. Baily and Eduardo José Míguez (eds.) *Mass Migration to Modern Latin America*, Wilmington, Delaware, A Scholarly Resources Inc., 2003, Jaguar books on Latin America N° 24, pp. 293.

*María Liliana Da Orden**

La compilación que dos reconocidos historiadores de la migración masiva han realizado está dirigida a los lectores norteamericanos donde, como se destaca en el prefacio, ni la temática ni las perspectivas de investigación adoptadas en los países de América Latina son suficientemente conocidas. La labor de los editores buscó dar cuenta de la variedad de aportes y abordajes metodológicos que ha supuesto esta temática en los últimos quince años, haciendo especial hincapié en un enfoque comparativo que recorre las tres partes de que se compone la obra. Luego de una introducción a cargo de Eduardo Míguez que enmarca el proceso en el contexto de las migraciones internacionales del siglo XIX y principios del XX, la primera parte consta de seis capítulos centrados en movimientos que involucran a diversos países. La segunda y tercera partes, con tres capítulos cada una, están dedicadas a Argentina y Brasil respectivamente. Investigadores de distintas universidades de los dos países, además de Estados Unidos, Uruguay y Portugal, fueron convocados para desarrollar, y en buena medida sintetizar, los resultados de una larga trayectoria en el estudio del tema. El libro se cierra con una conclusión a cargo de Samuel Baily que subraya los aportes de los distintos capítulos y propone una agenda futura de cuestiones a tratar.

El capítulo que da comienzo a la primera parte está a cargo de José C. Moya y se ocupa de la migración española a Cuba y Argentina en la época masiva. Atento al lector norteamericano al que conoce bien, el autor pone énfasis en el papel que tuvo el avance del capitalismo para explicar ese proceso a la vez que señala el carácter diferenciado de cada uno de los movimientos que unieron determinadas regiones con destinos también específicos. Pese a las características dominantes del mercado de trabajo en cada país, tales particularidades se observan también en las formas de inserción ocupacional predominantemente urbanas que redundaron en una presencia de españoles en todos los niveles de la sociedad, especialmente en la clase media. Confrontando con el fenómeno migratorio norteamericano, Moya pone en evidencia el aporte cultural que significó la

corriente de población española para los países considerados. El autor resume así parte de los aportes de su valioso libro sobre la inmigración española en Buenos Aires e inserta el tema en la perspectiva más amplia de la historia latinoamericana contemporánea.

Fernando Devoto introduce en la obra una polémica sobre aspectos más teóricos de la historia de las migraciones masivas refiriéndola al caso de los italianos y españoles que llegaron al continente. Con el fin de profundizar la cuestión y trascender todo reduccionismo, discute los supuestos sobre los que reposan tanto los abordajes optimistas como pesimistas del proceso. El análisis se centra en aspectos tales como la visión unidireccional del fenómeno, la periodización clásicamente utilizada –el siglo XIX y, dentro de éste las “viejas” y “nuevas” corrientes– y la escala de análisis, y en todos los casos apunta a desmontar una concepción que ve en el inmigrante un objeto homogéneo y uniformemente condicionado. Con sutileza argumentativa aporta distintas evidencias empíricas sobre los casos considerados que ayudan a componer una imagen diversa y compleja de estos sujetos. Nutriendo la discusión teórica con aportes de distintas ciencias sociales y la reflexión sobre cuestiones bien concretas –el tema de la información es un ejemplo–, propone una perspectiva que nuevamente enriquece el análisis historiográfico de éste y el otro lado del continente.

En la línea que busca conjugar el papel de los sujetos y el contexto macroestructural en una perspectiva comparada se asientan los capítulos de María I. Bagahna y Samuel Baily. La investigadora de la Universidad de Coimbra considera la migración portuguesa a Estados Unidos y Brasil. En un contexto económico, demográfico y cultural que propiciaba la emigración, el análisis sustenta la hipótesis del papel que desempeñaron las redes sociales para vincular a los isleños de Azores y Madeira con Estados Unidos frente a los continentales de determinadas zonas que se dirigieron a Brasil, como así también para insertarlos en lugares específicos de dichos países. El análisis de un ámbito urbano y uno rural del oeste norteamericano, y de la antigua capital brasileña, muestra los distintos patrones de inserción ocupacional seguidos por estos migrantes en ambos países, que llevan a la autora a sostener el decisivo papel que tuvo cada contexto en la incorporación de estas redes al mercado de trabajo.

Samuel Baily sintetiza en el capítulo siguiente los significativos aportes de su reciente libro sobre los italianos en Buenos Aires y Nueva York. Brevemente, y en forma muy clara, expone las pautas de inserción económica, los patrones de residencia y la vida asociativa de ambas comunidades y las vincula con una diversidad de variables que explican los patrones seguidos en uno y otro ámbito. La interacción entre los distintos

bagajes de arribo –expectativa de permanencia, calificación ocupacional, recursos socio-económicos–, las características de cada ámbito de recepción –mercado de trabajo, organización comunitaria existente, lengua, religión y actitud de la sociedad receptora– y el subsiguiente desarrollo de la corriente en uno y otro lugar –tiempo y magnitud del colectivo, estrategias seguidas–, conforman el complejo de variables al que obedecen la diversidad de resultados obtenidos y refuerzan a la vez el interés de enfoques comparativos como el presente.

En un marco análogo Hernán Otero y Adela Pellegrino se centran en las pautas residenciales de los migrantes en Buenos Aires y Montevideo, una cuestión que no tuvo en esta parte del continente el desarrollo que tuviera en las ciudades norteamericanas. El análisis comparativo que realizan en más de un nivel constituye una de las dimensiones más originales del trabajo. A partir de información censal de principios del siglo XX, consideran los índices de concentración espacial existentes entre los inmigrantes europeos y los confrontan con el de otros colectivos migratorios –tanto del interior como de países limítrofes–, y con ciertos grupos religiosos –judíos y protestantes–. En todos los casos los autores encuentran una similar tendencia a la concentración que, antes que el rol desempeñado por la etnicidad, pone en evidencia el papel que habrían tenido las redes de relación entre estos individuos. Por lo demás, la incorporación al análisis de variables tales como la densidad de población, el mercado de tierras urbano o la política educativa del Estado permite considerar la presión integradora existente en ambas ciudades que tornan ambiguo, a juicio de los autores, un índice de concentración residencial que, por lo demás, tampoco fue notable.

Menos conocido para el investigador argentino es el papel de la migración japonesa en Perú y Brasil, las comunidades niponas más importantes de América, consideradas por Masterson y Funada en el capítulo que cierra la primera parte. Consideran los inicios de ambas corrientes migratorias a fines del siglo XIX y los primeros años del XX y su posterior consolidación; plantean la ambigüedad de una inserción cuyo éxito económico no tuvo un correlato en la integración social, debido a las políticas de gobierno de los países receptores en el marco de la Segunda Guerra Mundial y los ciclos económicos posteriores.

La segunda parte, dedicada a la Argentina, se inicia con dos capítulos que, casi en contrapunto, plantean la problemática de la integración. Mónica Bjerg se ocupa del liderazgo étnico de una comunidad como la danesa que se construye en el marco de una sociedad de frontera y se reestructura y consolida con la llegada de los primeros pastores a fines del siglo XIX en torno a una fe luterana orientada por el grundtvigianismo.

En ese giro la autora considera el papel decisivo que tuvieron los líderes. En efecto, desde el rol mediador que los pioneros ejercieron entre los inmigrantes y una sociedad receptora a la que contribuyeron a formar; los sucesores en el liderazgo pasaron a sustentar una cosmovisión étnica replegada sobre sí misma que, sin embargo, tenía en común con los anteriores el ejercicio de relaciones de poder sobre una clientela a la que estaban recíprocamente unidos. El análisis de esta transformación tiene la virtud de poner en evidencia la dialéctica relación existente entre la sociedad receptora y una minoría migrante que por sus características culturales y religiosas podría considerarse cerrada ya desde los inicios de su inserción.

Esta particular comunidad étnica no es dejada de lado por Eduardo Míguez que matiza así su estudio sobre la integración de los extranjeros según el “modelo de Tandil”. A través de las pautas matrimoniales y un original análisis de los hogares que albergaban a individuos solteros, antes que en consideraciones de índole cultural, el autor hace hincapié en el rol que tuvieron las redes sociales entre los inmigrantes para continuar su comportamiento de origen. La nacionalidad de los novios de la segunda generación le permite a Míguez sostener la mayor integración social existente a medida que avanzaba el siglo veinte. Este modelo es confrontado con los resultados obtenidos tanto para ámbitos rurales como urbanos de mayor dimensión. Se discute así el papel de la escala, el tamaño y el tiempo del flujo migratorio, el índice de masculinidad y otro conjunto de variables para concluir que, a diferencia de la clásica hipótesis asimilacionista, la pequeñas concentraciones habrían sido más propicias a la integración que las grandes ciudades.

El caso argentino se cierra con un interesante capítulo sobre el trabajo femenino y la inmigración italiana a cargo de Carina Silberstein. Teniendo en cuenta las edades y el estado civil, entre otros aspectos, se analizan las ocupaciones de las mujeres italianas tanto desde la partida en el origen, como a su arribo en Buenos Aires y posterior inserción en el caso de Rosario, donde se compara a estas migrantes con otras de origen interno y también con nativas del lugar. El tema, apenas considerado hasta el momento, es minuciosamente tratado a partir de diversas evidencias empíricas que apuntan a desvirtuar estereotipos basados en pautas culturales o sociales no suficientemente fundadas acerca de la mujer y el mercado de trabajo.

La tercera y última parte está dedicada a la migración al Brasil, y en buena medida refleja el derrotero que siguió una historiografía preocupada por los aspectos culturales de la integración. Dos de los capítulos se ocupan así de minorías étnicas y los problemas que planteó su

inserción, en especial a partir de las políticas implementadas por el Estado desde los años treinta. De este modo, Giralda Seyferth analiza la inmigración alemana y Jeffrey Leser la inserción de los judíos. Ambas comunidades habían tenido un éxito económico considerable, la última incluso mayor que en Argentina y Estados Unidos, que, sin embargo –como en el referido caso de los japoneses–, no se habría visto acompañado por una integración social y cultural comparable, debido a las actitudes y políticas seguidas por el país de recepción.

Por último, el capítulo de María Silvia Beozzo Bassanezi analiza el impacto que tuvo la inmigración y el contexto socio-económico en las familias italianas que se asentaron en el estado de San Pablo. Confrontando con el comportamiento de las sociedades de origen y de otros espacios de inserción –el caso de las colonias de Río Grande– considera el comportamiento matrimonial –origen de los cónyuges, edad y celibato definitivo–, el número de hijos y otros comportamientos de las familias inmigrantes en el marco de variables tales como contexto el socio-económico, demográfico y étnico que habrían incidido en un refuerzo de los vínculos de parentesco frente a los grupos de la península.

Finalmente Samuel Baily reúne los principales aportes de cada capítulo y, como ya señalamos, agenda una serie de temas y problemas pendientes. Entre otros, la necesidad de continuar con una perspectiva comparativa que profundice el análisis de aspectos en los que los distintos autores han avanzado. Señala así dimensiones todavía muy poco exploradas como la comparación con grupos no europeos, la segunda generación de inmigrantes, el papel de las mujeres y las relaciones de género, la participación política o el proceso de nacionalización de cada corriente migratoria con respecto a su país de origen y de destino.

Como señalamos al comienzo, este texto está dirigido al lector norteamericano y, por lo mismo, implicó un esfuerzo adicional de los autores por presentar su investigación en un marco que tiene en cuenta tanto las similitudes como las diferencias con el fenómeno que afectó a los países del norte. Esto redundó en beneficio de los distintos análisis y convierte a la compilación en un texto muy atractivo y estimulante para quienes están más familiarizados con la temática en esta parte del continente. Finalmente, es de destacar el valioso apoyo que brinda la cartografía que acompaña a varios de los capítulos y la originalidad que supone la introducción de cada parte a través del relato de historias personales. Ida y Oreste Sola, Manuel Suárez Martínez y Santo Codo prestan así sus vidas a esta obra para recordarnos, como Míguez señala en la introducción, que la misma se ocupa de seres humanos reales que dentro

de los límites de cada contexto fueron capaces de tomar importantes decisiones sobre su propia historia.

* Universidad Nacional de Mar del Plata, República Argentina. E-mail:
mldaor@mdp.edu.ar